

EL PUDOR DE LA INTERPRETACION

Ricardo Foster

*“Lo que está a la vista llama a los ojos; lo que
está oculto atrae al saber”.*

Zohar

I

Entrar en el universo de la Cábala es penetrar en los aposentos del lenguaje divino, implica un viaje hacia las fuentes secretas y primordiales, allí donde Dios pronunció las primeras palabras que dieron inicio a la vastedad cósmica. Es, como está escrito en el *Zohar*, un modo de poner al descubierto los misterios, “pero sólo por un instante, porque apenas lo ha desvelado y ya se apresura a ocultarlo de nuevo”(II, 98b). Un viaje hacia las comarcas del origen, una suerte de errática deriva por los vericuetos de la escritura sagrada; un periplo zigzagueante hacia el gesto inicial de la palabra creadora. El místico de la Cábala se prepara en la fruición del estudio, recorriendo una y mil veces los secretos de la Torá, intuyendo que en sus pliegues más recónditos se oculta la clave para descifrar el Nombre impronunciable. El tiene la certeza que el saber nunca es directo, transparente, que introducirse en la escritura de Dios es penetrar en un laberinto de símbolos y alegorías que están camufladas en la literalidad del sentido. “¡Desgraciado el hombre que cree que la Escritura sólo nos enseña simples cosas! Porque cada palabra de la Escritura encierra un misterio esencial... Los misterios contenidos en la Escritura, con los cuales fueron creados

todos los mundos, sólo podían descender a la Tierra camuflados; porque el mundo material no puede soportar el brillo de todo aquello que es inmaterial [...]. El sentido literal de la Escritura no es sino el camuflaje; y desgraciado de aquel que considera este camuflaje como la Escritura misma. Por eso dijo David: 'Levanta el velo que hay sobre mis ojos para que yo pueda contemplar las maravillas que encierra la Torá' (Salmos, 119, 18). David quería ver lo que hay detrás del disfraz" (*Zohar*, III, 52a), y del mismo modo el cabalista quiere "leer" detrás de las palabras para penetrar el secreto de la creación. Saltar por sobre lo evidente e implícito para abrirse camino por los deslices de una escritura cifrada y polivalente, atiborrada de símbolos que permanecen a la espera de quien pueda descifrarlos. El itinerario del místico judío pasa fundamentalmente por la Escritura, por la búsqueda de sus diversos planos de sentido en un viaje hacia la interioridad de la lengua.

II

Cábala significa literalmente "Tradicición", y el místico judío es aquel que recorre minuciosamente los textos sagrados a través de una lectura que busca penetrar en sus sentidos ocultos. "...no existe un solo versículo -se dice en el *Zohar*-, por insignificante que parezca en principio, que no indique varios caminos conducentes al misterio de la sabiduría suprema" (I, 145b). El cabalista resquebraja la literalidad del texto, va recorriendo sus múltiples velos hasta alcanzar su esencia; pero en ese ejercicio exegético descubre las sombras de las palabras, sus zonas difusas e impenetrables, como cavernas laberínticas que encierran, en sus inaccesibles profundidades, los secretos designios de Dios. Es la Torá, el Libro de los libros, la casa de Dios, el punto de partida y de llegada de la búsqueda exegética del cabalista; allí se oculta, cifrado, el Nombre secreto, la potencia demiúrgica capaz de inventar el universo. "...la Torá -escribe Gershom Scholem- no sólo consiste en los nombres de Dios, sino que en realidad constituye el gran Nombre de Dios"; y es Moisés ben Nahman de Gerona (Nahmánides) quien recuperó una antigua tradición midráshica según la cual "la totalidad de la Torá está compuesta por nombres de Dios" dispuestos de manera continua, sin ningún tipo de separación ni interferencia. El cabalista, artesano de las palabras, se interna en el texto para redescubrir ese orden original, para

recuperar la potencialidad de esa primera letra que inauguró la atiborrada marcha cósmica. Ecos de esta sacralización de la palabra los volvemos a escuchar a través del Mefistófeles de Goethe:

“Con palabras se puede discutir,
con palabras se puede erigir un sistema,
con palabras se puede creer bellamente,
de una palabra no hay que quitar ni una letra”.
(J.W.Goethe, *Fausto*, p.173)

Misterio de la lengua que esconde la tumultuosidad del origen, ese tiempo fuera del tiempo en el que Dios, como lo dice el apóstol Juan, comenzó la obra de la creación con el Verbo. Y el universo fue un libro donde todo fue escrito y mezclado para que la desmesura de los hombres no pudiera manipular esas fuerzas primordiales amasadas por la maravilla del Nombre. “El mundo secreto de Dios -escribe Scholem- es un mundo de lenguaje, un mundo de nombres divinos que, a su manera, se desgajan unos de otros. Los elementos del lenguaje divino los constituyen las letras de la Escritura”. El cabalista, habitante del tiempo atravesado por el pecado del primer hombre, se detiene pacientemente en cada recodo del Libro, indaga cada letra porque sabe que cada una encierra mil caras distintas, busca reconstruir el orden verdadero, el que fue pronunciado y escrito en el comienzo de los tiempos; sabe, como lo sugiere Derrida, que “el inteligible rostro del signo permanece vuelto hacia la palabra y el rostro de Dios”. Un trabajo de desciframiento, una casi intolerable competencia con el Padre Creador que se esconde en su propia Escritura, ya que si “las partes de la Torá -dice R. Eleazar ben Pedar en el Midrash Tehilim- hubiesen sido reveladas en el orden apropiado, todos aquéllos capaces de leerlas [desde una perspectiva místico-mágica, R.F.] podrían resucitar a los muertos y ejecutar milagros”. Un hilo delgado separa al indagador de las palabras, de la herejía; sus combinaciones numéricas (Gematría), sus jornadas de profunda meditación, el potencial inmenso de las fuerzas que maneja, coloca al cabalista en una zona de riesgo, de ahí lo escrito en el *Zohar*: “Yo os suplico que no dejéis caer de vuestra boca ninguna palabra de la Torá de la cual no estéis ciertos y que no hubiérais aprendido correctamente de un ‘gran árbol’, de modo de que no seais la causa de que esa Ramera [el pecado en hebreo es Jataá y es

femenino y significa la hembra, la ramera asesina, R.F.] mate multitudes de hijos de los hombres” (I, 16c). Esperanza y peligro se conjugan en la búsqueda de la Cábala: la esperanza de aportar a la reconciliación y el peligro de desatar fuerzas incontrolables.

III

El saber de la Cábala nace de diversas fuentes; sus raíces se hunden en antiguas tradiciones gnósticas y neoplatónicas fusionadas con la mística de la *Merkavá* (Carroza), una mística de ascensión a los palacios celestiales. Una extraña alquimia que fue procesándose a lo largo de los siglos, siguiendo oscuros y subterráneos caminos hasta reaparecer con una fuerza insospechada en esa encrucijada civilizatoria que fueron la occitania francesa y los pirineos españoles entre los siglos XII y XIV; una sorprendente zona geográfica donde coexistieron las herejías cátaras y albigenses -herederas de arcaicas tradiciones del gnosticismo maniqueo y de los bogomilos búlgaros- conjuntamente con los eruditos sefaradies que a partir de dos textos -el *Sepher Yetzirah* y el *Bahir*- comenzaron a construir la interpretación cabalística. Hacia fines del siglo XIII (entre 1280 y 1290) verá la luz el libro clásico de la Cábala española escrito por Moisés de León, el *Zohar* o *Libro del Esplendor*, que con el correr del tiempo alcanzará un prestigio casi equiparable al Talmud.

Superposición de tradiciones, reciclaje de antiguas y olvidadas herejías, sorprendentes intercambios en una coyuntura histórica de profundas y perturbadoras transformaciones (como si los caminos abiertos por las Cruzadas a Tierra Santa hubieran servido de vasos comunicantes entre culturas aisladas por la vastedad geográfica y el desencuentro temporal); ese será el escenario tumultuoso para el despliegue del saber cabalístico que también sabrá absorber con avidez las riquezas exuberantes del mundo árabe. En esas pequeñas ciudades españolas, bajo el manto misterioso de la bóveda celeste, en interminables noches de estudio y recogimiento, los eruditos del Talmud construyeron la arquitectura fascinante de la Cábala, comenzaron a indagar el universo infinito del lenguaje de Dios. Esa aventura del pensamiento y de la fe significó una profunda innovación, una descarga revolucionaria que conmovió las estructuras del judaísmo tradicional. Pero

a la Cábala española le faltaba la potencialidad del mesianismo que sólo aparecería después del trauma de la expulsión y como producto elocuente de ese otro momento fundamental del misticismo judío que se encarnó en la figura de Isaac Luria y en la escuela de Safed. La Cábala salió de las academias, ya no fue tema exclusivo de los eruditos, a partir del siglo XVI se mezcló con las fantasías redencionales y mesiánicas del pueblo. La indagación de los misterios de la escritura divina se conjugó con las expectativas explosivas que atravesaron a las juderías a lo largo del siglo XVII. El esoterismo inicial de la Cábala encontró una ruta directa hacia la construcción de un movimiento histórico de raíz mesiánica: el movimiento desarrollado alrededor de la inquietante figura del seudo Mesías Sabbatai Seví. La historia de la Cábala es, por lo tanto, sumamente compleja y nos ofrece diferentes puertas de entrada.

IV

“Un libro donde el universo no tuviera su sitio -escribe el poeta Edmond Jabés- no sería un libro; porque sería un libro al que le faltarían las páginas más bellas, las de la izquierda, en las que hasta el guijarro más oscuro se refleja” (*El libro de las preguntas*, p.72). El cabalista es el lector de ese libro universal, es aquel que penetra en los misterios de la creación y que con infinita paciencia va descifrando los signos secretos que tejen los innumerables rostros de la Torá. “El rabí -relata Joseph Roth- lee día y noche los libros sagrados. Tan a menudo los ha leído que muchos los sabe de memoria. Pero cada palabra, incluso cada letra, tiene millones de caras y cada cara deja constancia de la grandeza de Dios, de la que nunca puede aprenderse lo bastante” (*Judíos errantes*, p.49). La Cábala es una lectura, una exégesis mística que se lanza por los pasadizos laberínticos de la escritura de Dios. Una lectura que es interpretación y comentario, búsqueda de nuevos planos de sentido y descorrimiento de los velos que ocultan la verdad.

El cabalista se sumerge en el mar del lenguaje, él bucea en las profundidades del misterio primordial que ha sido entretejido con palabras que sacudieron, en el fondo de los tiempos, el vacío del mundo, la mudez de la nada. El cabalista persigue esas palabras fecundadoras, aquellas que todavía mantienen una chispa divina, un resto de lo inasible y eterno. El sabe que en la Torá se esconde el verdadero Nombre, que en esa casa primordial

el hombre debe buscar lo que ha perdido cuando se dejó tentar por la serpiente que lo impulsó, por primera vez, a la aventura y al riesgo de la sabiduría. La Cábala, en uno de sus aspectos, es heredera de ese gesto arcano y rebelde, de ese desafío adámico a la prohibición divina. Una indagación mística que salta por sobre lo evidente y aceptado para dirigir sus pasos hacia lo profundo y oculto, un intento muy próximo a la herejía de interrogar a Dios, de utilizar su herramienta decisiva y fecundadora: la palabra. Borges, en uno de sus poemas más bellos, logró expresar esta sensibilidad cabalística:

“Cuenta la historia que en aquel pasado
Tiempo en que sucedieron tantas cosas
Reales, imaginarias y dudosas,
Un hombre concibió el desmesurado

Proyecto de cifrar el universo
En un libro y con ímpetu infinito
Erigió el alto y arduo manuscrito
Y limó y declamó el último verso”.

La Luna

Quizás seamos herederos de esa interminable interrogación, quizás nuestras seculares indagaciones lingüísticas sean el eco pauperizado de ese saber amparado en la maravilla del texto, paseante venturoso de infinitos caminos construidos por las letras del alfabeto divino. Así como la Torá tiene mil rostros, y cada uno encierra la totalidad de la verdad, la Cábala constituye una tradición abierta en múltiples senderos, cuajada de lecturas posibles y de escuelas dispersas en el interior de una historia errante e incompleta. Nosotros, habitantes de una época atravesada por la secularización y el desencanto del mundo, reconocemos en la Cábala un estímulo, la huella de una pertenencia, un gesto inicial que descubrió el misterio de la lengua, su fondo fabuloso y que nos incita al juego recurrente de la interpretación. Nuestro viaje hacia ese mundo carece, quizás, de esa sacralidad que envolvía cada una de las interrogaciones fervorosas del cabalista, nuestra propia lectura está desprovista de esa fruición religiosa y mística capaz de abrir la sensibilidad y el espíritu para penetrar en los palacios celestiales, en el corazón de la palabra creadora; pero, sin embargo,

descubrimos en la tradición de la Cábala una extraordinaria incitación, un desafío para pensar con mayor profundidad la trama del lenguaje, otro modo de reconocer la fecundidad de un linaje camuflado.

Estas breves consideraciones quisieron dejar constancia de un mundo apasionante, sólo apuntaron algunos problemas y ciertas lecturas. Puntear un texto es fundirlo en una nueva configuración, un modo de recuperar en el presente la lejanía de antiguas palabras. La Cábala, antes que un arte de la escritura, es un arte de la lectura. Hacia ese horizonte deberíamos marchar y constituimos en lectores atentos y pudorosos que con sumo cuidado atraviesan una comarca saturada de espiritualidad. Una herencia que fecunda el sentido de la crítica y la idea de que todo texto es un modo de la trascendencia.



